

Martes III de Adviento Ciclo B



19 de diciembre de 2023

Jue 13,2-7.24-25

Sal 70

Lc 1,5-25

P. Eduardo Suanzes, msps

Estamos en la semana decisiva antes del nacimiento del Mesías y la liturgia nos propone en las lecturas de hoy dos anunciaciones.

La primera anunciación, la de la Primera Lectura, es la de Sansón hecha a su madre, por un ángel de Dios. Es el relato de anunciación más desarrollado del Antiguo Testamento. La mujer, sin embargo, no tiene nombre: se dice de ella solo que es la mujer de Manoa, de la tribu de Dan. Pero de ella solo sabemos que es estéril, como en todos los relatos de anunciaciones de héroes¹. ¿Y por qué todas las mujeres que reciben un anuncio de este tipo son estériles? ¡Qué manía, qué fijación! ¿No? Es que por encima de todo se quiere decir que el hijo es un puro don de Dios. Es también una mujer innominada, oculta, a todas luces insignificante (pues ni nombre tiene). Y sin embargo es ella, y no su esposo, la que recibe la visita de Dios, la que recibe el anuncio del nacimiento maravilloso de un hijo libertador de la opresión de los filisteos. Ella, sin embargo, y no el ángel, es quien le pone el nombre de Sansón a su hijo. Ya desde estos primeros libros del Antiguo Testamento se nos dice que a Dios le gusta lo pequeño, lo inesperado, lo que a todas luces es inconveniente. Parece que ese va a ser el monotema, de las intervenciones de Dios a lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento.

La segunda anunciación, la del Evangelio, es la de Juan el Bautista no a otra mujer, sino esta vez a un hombre, Zacarías, sacerdote, en su turno de ofrecimiento de incienso en el altar correspondiente del Templo, mientras el pueblo espera en el atrio exterior. Aquí es Zacarías quien le dirá a su mujer, Isabel, perfectamente identificada también, el anuncio maravilloso que ha recibido. Están ambos, también, claramente situados en un periodo determinado de la historia, pues el anuncio se produce en tiempos de Herodes el Grande², el idumeo que Roma puso a su servicio para el cuidado de esas tierras tan complicadas como aburridas para ellos.

Todos tienen nombre, están perfectamente identificados, hasta se subraya el mismo nombre del ángel para dar solemnidad y origen divino al anuncio: él es nada más ni nada menos que Gabriel, el que sirve delante de Dios, en su presencia. Ahora es este quien pone el nombre al niño: Juan, que significa *el Señor se apiada*, y como los *nazireos* se abstendrá de tomar licor y vino, como en otro tiempo también hiciera Sansón; y estará lleno del

¹ Sara, Raquel, Ana...más tarde Isabel...

² Del año 37 al 4 a.C., antes del “cero”. Como Herodes murió el año 4 antes del “cero”, está claramente indicado que Jesús y Juan nacieron antes de ese “cero”.

Espíritu como Josué o Elías. Su misión será la de la reconciliación de padres con hijos y así preparará un pueblo bien dispuesto para recibir la novedad del que se avecina.

Lucas nos dice que Zacarías se turbó³ generando en él esta experiencia una conmoción interior. Por poner un ejemplo, es la misma turbación que se apodera de Herodes cuando ve a los magos y se da cuenta de que está sucediendo algo nuevo e importante que pone en entredicho todos sus planes⁴. Es la sensación de que el piso se abre bajo nuestros pies.

Pero Zacarías duda, como lo hicieron Abraham y Sara⁵, y pide una señal, como lo hizo Gedeón⁶. La mudez e incomunicación no solo serán el castigo, sino la señal para que todos crean. Como el pueblo estaba fuera esperando la bendición sacerdotal que el nuevo mudo ya no podía dar, comprenden que algo sobrenatural ha sucedido.

Lucas se empeña en decirnos que Zacarías (como Isabel) era un hombre justo e irreprochable y este hombre bueno se da cuenta que Dios entra en su vida perturbándola y poniéndola en entredicho, trastocando sus tranquilos hábitos de anciano. Comprende que cuando Dios viene lo vuelve todo del revés. Entonces, se abandona y deja de disponer de sí mismo, de sus proyectos. Dios ha entrado en su vida inesperadamente de una manera impredecible haciendo saltar por los aires su vida tranquila de sacerdote anciano.

Estos son los dos relatos: las anunciaciones de Sansón y de Juan Bautista. ¿Y por qué, precisamente ahora, a unos días tan solo del nacimiento de Jesús, estos hechos? ¿Cómo ambientación solamente o por alguna razón de más envidia, más profunda?

Creo yo que todo el Adviento está siendo un tiempo de anunciación, un tiempo que nos lleva apuntando a un único vértice. El Adviento es como el ángel del Señor que anuncia en mi interior lo que está a punto de suceder. La mística del Adviento se sitúa en lo inesperado, en lo impredecible, en lo pequeño, en lo sorprendente de la (ahora sí) anunciación de Dios sobre mí y caeríamos en un error grave de comprensión espiritual si creyéramos que este mismo tiempo se repite todos los años. Ojalá pudiéramos tener la experiencia de la turbación de Zacarías porque eso significaría que el anuncio ha trastocado nuestra vida que creemos ya agotada o en fase de declive. Ojalá nos quedáramos mudos ante la sorpresa de un Dios que viene de una manera sorprendente a nuestros corazones. Ojalá que el día de Navidad la presencia del Anunciado haga saltar por los aires nuestra vida, como lo hizo con la de Zacarías, con un Hijo en nuestro interior.

³ Dicen los expertos que se utiliza el mismo verbo en griego que para María más tarde y que este verbo solo lo utiliza Lucas

⁴ Cfr. CARLOS MARÍA MARTINI. *El itinerario del discípulo a la luz del evangelio de Lucas*, p.198. Ed. Sal Terrae. Santander, 1997

⁵ Gn 17,16; 18,11

⁶ Jue 6, 36-40